Sobre antiguos objetos de estudios

MARCIA MARTÍNEZ CARVAJAL[1]

Ahora que estoy un poco más lejos de los estudios literarios, que no estoy en la práctica de enseñar a personas que serán docentes, que cada vez leo menos por placer y más por trabajo, puedo detenerme a pensar en las formas en que aprendí a estudiar e investigar sobre literatura, en cómo encontré o me encontró a mí lo que

he observado, y por dónde van los caminos que sigo hoy, yendo y viniendo de la literatura al teatro, y de los archivos a las metodologías de investigación.

La configuración de un objeto de estudio en las humanidades y las artes puede ser muy simple, muy ostentosa o muy compleja. Con los años y la distancia, pienso que, en general, los objetos de estudio en literatura oponen muy poca resistencia, y que prácticas que se sostienen en distintos soportes, como lo es el teatro, se vuelven más complejas, pero también son terreno fértil para falsos taumaturgos, impostores o demagogos. Cuando estudié mi doctorado en literatura, era muy complejo explicar la perspectiva de los estudios teatrales: por un lado, en literatura me decían que lo que estaba estudiando pertenecía al espectáculo, y desde el teatro me decían que yo solo sabía de dramaturgia. Décadas han pasado y estos supuestos conflictos se han superado, ojalá disuelto, a partir de la conciencia de lo interdisciplinario de nuestros terrenos, pero también de la existencia de una generación de investigadores e investigadoras que han robustecido el campo.

En el terreno de las metodologías, puedo reconocer como una acción de investigación que aparece, a veces como fantasma, a veces demasiado concreta, la idea de que una teoría o concepto se "aplica" a un objeto de estudio, en la disciplina que sea. Creo, a esta altura, que ese ejercicio es inoficioso y, sin embargo, muy común. Lo mismo pasa con solo reconocer un tema o concepto en un objeto de estudio sin llegar a problematizar el asunto o ponerlo en perspectiva para que nos ayude a mirar, con ojos nuevos, aquello que se nos presenta. He aquí uno de los principales aprendizajes de mis años de formación como estudiante y luego como profesora e investigadora: al mirar con ojos

[1] Académica de la Universidad de Valparaíso.

nuevos, la investigación será siempre un acto de creatividad.

Otro fantasma bastante recurrente a la hora de configurar un objeto de estudio es el que aborrece el monstruo de la academia, a la vez que lo alimenta en su estructura neoliberal. Esto se da de diversas formas, por ejemplo, creando clones de nosotros mismos sin promover la capacidad de investigación de quienes formamos; acomodándonos donde dé el sol y haciéndonos expertos renacentistas en temas o autores de moda (o midiendo el trabajo según si está o no dentro de la lista de temas de los que se habla hoy y evadiendo los que no porque "pasaron de moda"). Sin duda, es necesario que reflexionemos críticamente sobre las estructuras desde donde realizamos nuestro trabajo, pero también es urgente habitar los espacios que favorecen esta labor y poder reconocer para quién la realizamos, pensando en la realidad educativa de Chile y Latinoamérica; y evaluar los temas "clausurados", "de moda", "pasados de moda", las lecturas cerradas o las clasificaciones suficientes.

Ante la pregunta por los nuevos objetos de estudio que trabajo el día de hoy, solo pienso en que no pueden ser más antiguos, tradicionales y poco sexy. No hago exóticas combinaciones de prácticas artísticas crípticas, ni declaro banderas con las que supuestamente se me abrirían puertas en la academia, tampoco leo el último libro del filósofo que publica diez textos por año para incorporar a mi trabajo concepto tras concepto, neologismos varios que a veces ayudan a entender, y otras más bien son solo voladero de luces. Actualmente, mi trabajo de investigación se configura con un objeto de los menos nuevos de todos los que se comentaron en nuestro encuentro en Santiago a principios de abril: el teatro para infancias a principios del siglo XX.

Como dije en el primer párrafo, mi distancia con los estudios literarios y mis actuales caminos de investigación me llevaron por una ruta que no era mi sueño, pero que ahora es mi gran responsabilidad: ser profesora de metodología. Es allí donde promuevo espacios para formar nuevos ojos sobre antiguos objetos. No obstante, ante la emergencia de la investigación artística o performativa, la perspectiva de la historia en los estudios teatrales no calza con las nuevas formas de cifrar el conocimiento o con las luchas por el lugar del arte en la academia. Sin embargo, la historia y la historiografía no son solo una mirada diacrónica de un fenómeno de cierta práctica artística. En mi caso, trabajar en esta línea requiere de ciertas adecuaciones y la principal es tratar siempre de identificar el problema que estoy estudiando, hacerme cargo de lo obvio, encontrar la riqueza en lo tradicional, ocupar las mismas herramientas, pero de otros

modos para llegar a otros fines, no obviar los temas incómodos, diversificar las fuentes documentales, y dar espacio para imaginar escenas que no existen.

No creo que sea posible un nuevo objeto si este no va acompañado de nuevas formas de mirar y nuevas formas de hacer, que deben ser reflexionadas, adaptadas, cuestionadas y vueltas a organizar; todo con la rigurosidad que necesita la investigación en artes (aquí no olvidemos que quienes investigan literatura están investigando formas artísticas también), pues no vale solamente hacer asociaciones exóticas, vanagloriarse de rescates o estar siempre en lo último de lo último, aunque esto sea un eco de lo más viejo de lo viejo.

Desde la vereda de los antiguos objetos de estudio, llamo a discutir aquellas estructuras que aprendimos y que hemos repetido a veces sin mayor cuestionamiento, y convoco a tomar posición frente a la ansiedad de nuevas formas (gestos adánicos y a veces ingenuos) y a pensar que tal vez el derrotero no es buscar nuevas formas de nada, sino saber operar, apropiarse y dislocar las que hay.